

La interferencia de la entidad animal en la psiquis del hombre en el cuento “Muerte por alacrán” de Armonía Somers

Mariana Sosa

(Consejo de Educación Secundaria
Grupo de Estudios Narrativas de lo Mutante, Uruguay)¹

Resumen: El artículo analiza la interferencia de la entidad animal en el discurso de los personajes en el cuento “Muerte por alacrán” de la escritora uruguaya Armonía Somers, perteneciente al libro *La rebelión de la flor* (1994). En el análisis puede verse como Armonía Somers juega con la construcción de pares y opuestos, visible entre los personajes y los espacios, en una consecuente cadena de desnaturalización de la realidad. En este sentido, la proyección discursiva que nace de este encuentro es la del mutante, por momentos ejercida en el territorio animal, por otros en la del humano.

Palabras clave: Mutante, Discurso, Hombre, Alacrán.

Abstract: The article analyzes the interference of the animal entity in the speech of the characters in the story “Muerte por alacrán” by the Uruguayan writer Armonía Somers, which belongs to the book *La rebelión de la flor* (1994). In the analysis it can be seen how Armonía Somers plays with the construction of pairs and opposites, visible between the characters and the spaces, in a consequent chain of denaturing reality. In this sense, the discursive projection that arises from this encounter is that of the mutant, at times exercised in the animal territory, at others in that of the human.

Keywords: Mutant, Discourse, Man, Scorpion.

Recibido: 9 de agosto. *Aceptado:* 19 de noviembre.

En este artículo se procederá a analizar la interferencia de la entidad animal en el discurso de los personajes en el cuento “Muerte por alacrán” de la escritora uruguaya Armonía Somers, perteneciente al libro *La rebelión de la flor* (1994). En principio, es necesario reafirmar el concepto que instala Ángel Rama (1972) para agrupar a aquellas y

1. Docente de Literatura egresada del Centro Regional de Profesores del Centro, ha participado en congresos y coloquios a nivel nacional, escrito artículos y reseñas en revistas de México y Uruguay. Es miembro desde el año 2017 del Grupo de Estudios Narrativas de lo Mutante, publicó el artículo “Subversión discursiva en los minotauros de Borges y Cortázar” para el libro *El agua, la selva y el laberinto* (2018), en el ámbito del Grupo de Estudios Narrativas de lo Mutante (GENM).

aquellos escritores denominados *raros* de la literatura uruguaya, hacedores de una narrativa no-lógica, monstruosa, distorsionada de los límites realistas, elocuente en el aspecto psicológico y predominantemente abyecta. En el artículo “El miedo en la literatura uruguaya: un efecto de construcción narrativa” de Jorge Olivera (2005) el autor dice de este grupo de los raros: “No se trata de una línea de literatura fantástica que oponer a la realística dominante, según el esquema que cultivó la crítica argentina de hace dos décadas bajo la influencia del grupo Sur. Si bien apela con soltura a los elementos fantásticos, los utiliza al servicio de un afán de exploración del mundo” (44). Acto seguido, agrega que esta producción literaria se caracteriza por construir universos insólitos que se relacionan con universos oníricos, causando un alejamiento de las leyes del universo externo, construyendo con pura libertad (Olivera, 2005). En este sentido, Armonía Somers juega con la construcción de pares y opuestos, visible entre los personajes y los espacios, en una consecuente cadena de desnaturalización de la realidad. Ambos elementos (personaje-espacio) se interconectan, al punto de leer un único cuerpo que se desdobra en niveles de claridad y oscuridad en la profundidad del relato. La proyección discursiva que nace de este encuentro es la del mutante, por momentos ejercida en el territorio animal, por otros en la del humano.

El animal, en este caso un insecto de la fila de los arácnidos venenosos: el alacrán, pervierte la psiquis del humano mediante la inoculación de su veneno. El conflicto se instala en el territorio híbrido humano/animal, la frontera –que no se aleja de lo histórico ni de lo social– ahonda y oscurece este encuentro. El alacrán se introduce en la sangre del humano y su ADN sufre la mutación, el proceso metamórfico que lleva a la palabra del humano a los límites del animal. La inoculación irrumpe en la otra ontología y se resquebraja todo un sistema de clases que comienza a expulsar su rechazo, la incomodidad casi salvaje entre quienes están al servicio y quienes operan el poder. Se visibilizan los límites entre los depredadores y la presa, quien come y es comido, entre aquello que mira el barro y quien se ensucia en la profundidad.

La introducción al cuento se suscita a través de la descripción y de la voz de los primeros personajes en viaje hacia la mansión, en un camión cargado de leña y con esa presencia diferente a la humana, la del escorpión –detectada y referenciada– que les asusta, aunque la aceptan como un tipo de intromisión normal dentro de su indigna rutina laboral. Esto lleva a pensar al alacrán como un animal reconocido –aunque temible– dentro de un espacio de marginalidad y peligrosidad familiar. La presencia de esta entidad ajena, por momentos conduce al lector a realizar un esfuerzo por delimitar de manera exacta y certera la ubicación de una u otra ontología dentro del cuerpo de la narración, lo cual aumenta la imposibilidad de definir un discurso único, ya que la peligrosidad se mueve, conforme la mutación se desplaza.

El narrador plantea: “Más bien sería cuestión de hacer alguna referencia a lo otro que venía a sus espaldas, algo de la dimensión de un dedo pulgar, pero tan poderoso como una carga de dinamita o la bomba atómica” (Somers, 1994 114). Las referencias al alacrán, aunque no específicas sí evidentes, lo trasladan a un nivel alterno y subalterno de un espacio de inespecificidad del poder. Lo otro no es el carácter de animalidad que posee, lo otro es la peligrosidad que encarna su existencia al atender la sincronía de lo de adentro y lo de afuera. Lo corpóreo, aunque importante, se desgaja y desnuda la facultad de mirar hacia la carga que se deposita en aquella pequeña figura: la posibilidad de transformar, mutar, desmontar a su diferente. Su poder y ejercicio se hacen visibles a partir de la palabra directa de los personajes: “–No ha dejado de punzarme el hijo de perra durante todo el viaje. Con cada sacudida en los malditos baches, me ha dado la mala espina de que el alacrán me elegía como candidato– dijo el apopléptico no pudiendo aguantar más su angustia contenida [...]” (114). Y, así como la traición, casi como un puñal por la espalda o la muerte que espera agazapada, el alacrán es la sombra que baila y afina el ritual de espejos y miedos del inconsciente. Julia Kristeva habla de la condición de ser un sujeto viviente cuando en la expulsión y en el descarte de toda esa mierda que está guardada, se escapa la vida por encima los límites, allí es donde se es, aunque sea basura, aunque sea veneno (Kristeva, 2006). El alacrán es, por lo que altera, por la agresividad que encarna su presencia que tira hacia afuera, no es un vampiro, es una mosca que, intrusa, huele la carne de su oponente y amenaza su cuerpo con la aniquilación.

La mención al alacrán es agresiva y violenta, porque su acción evidencia y esconde a la vez una estrategia particularmente implacable. Adquiere dimensiones desmesuradas, dado que lo que contiene en su interior es mortal. Esta amenaza es objeto de la conciencia de los hombres y su relación con el mundo animal; ellos le atribuyen al alacrán la capacidad de seleccionar al sujeto receptor de su veneno, adivinándolo poseedor de la entera noción de lo que implica su acción. Por consiguiente, en este último punto existen dos elementos a destacar para el posterior análisis y desarrollo; en primera instancia, se reconoce un sujeto que transporta lo que encierra en su interior y lo proyecta, expulsa, inyecta, a un(os) individuo(s); a este sujeto inyector se lo puede denominar “la entidad que transfiere”. El segundo sujeto es el receptor, el que guarda, el que contiene por un proceso involuntario de recepción aquello que le es externo a su ADN, a su fisonomía humana. A este individuo receptor se lo puede nombrar “la entidad alterada”.

Al momento que este binomio se instala por la presencia de dos entidades en mutuo vínculo, existe una relación de poder que puede ser visualizada desde la perspectiva que plantea Foucault (1996), en la que alguien ejerce poder sobre un otro, y elementos como la desigualdad y la coerción modifican y determinan a ambas partes. Esto es percibido cuando los personajes en camino a la casa con la presencia de esa fi-

gura otra que los acompaña, afirman en conjunto: “Y si el bicho nos encaja su podrido veneno, paciencia. Se revienta de eso y no de otra peste cualquiera. Costumbre zonza la de andar eligiendo la forma de estirar la pata” (Somers, 114). El hombre acepta y nombra a esta entidad que toma poder, y al nombrarla lo coloca en su carácter de dueña del espacio, de la vida, de la muerte humana y de la naturaleza (Segato, 2016), reformulando el espacio de desigualdad, redefiniendo asimetrías de poder. El animal ejerce una nueva autoridad, una autoridad peligrosa. Esto no es extraño para ninguna de las dos entidades, pues los ámbitos de fuerza les preceden, y, a su vez, los crean. El ámbito: el camino, un punto en el espacio, un no lugar, configura el domino que construye el miedo. En este binomio que se representa al hombre y al animal separados por un límite que es susceptible a ser derribado, subvertido, modificado, se presenta una nueva dualidad entre quien adquiere poder (el alacrán) y entre quien es sometido a este poder (el hombre). Una nueva dualidad que arriba para contaminar a la hegemónica y, en consecuencia, visibilizar la presencia del animal. Al respecto, Foucault (1996) expresa lo siguiente:

La transgresión es un gesto que concierne al límite; es allí, en la delgadez de la línea, donde se manifiesta el relámpago de su paso, pero quizás también su trayectoria total, su origen mismo. La raya que ella cruza podría ser efectivamente todo su espacio. El juego de los límites y de la transgresión parece estar regido por una sencilla obstinación: la transgresión salta y no deja de volver a empezar otra vez a saltar por encima de una línea que de inmediato, se cierra en una ola de escasa memoria... (127)

La transgresión que se manifiesta se vislumbra bajo la intervención y modificación del orden establecido por una presencia abyecta que inocular su veneno y pervierte las estructuras. Corrompe el orden de las cosas y, dentro de este caos que también es un orden, se sucede el delirio y las alucinaciones del mayordomo, que lo llevan a límites incluso infranqueables para su propia conciencia, determinada por el orden de un espacio al que está adaptado:

Se sacudió con las manos el polvo del traje y empezó a ascender la escalera de caracol que iba al hall de distribución de la planta principal. Volvió a mirar con desesperanza el mundo de los objetos. Desde los zócalos de madera a las vigas del techo, casualmente lustradas color alacrán, desde las molduras de los cofres a las bandejas entreabiertas de algunos muebles, el campo de maniobras de un huésped como aquel era inmenso. (Somers, 1994 118)

El personaje del mayordomo que recibe al camión con leña es una figura silenciosa, representa y materializa a una familia de clase social elevada, distinguida, contrasta con la imagen del alacrán y el camión de leña, y los dos individuos sudorosos que vienen en él. Depositado en un lugar depurado y pintado de pulcritud, el alacrán arriba entre los leños, desde una suciedad hiriente y ruín, a inocular y por consiguiente a rupturar. Bajo esta idea es importante señalar que la transgresión es inacabada, no deja de volver a em-

pezar porque los juegos de binomios que hacen a la relación animal-humano marcan la cadena de elementos, opuestos y diferenciados, que remiten a espacios de significación y de poder híbridos.

El par antes mencionado, conformado por dos entidades que se contraponen desde una constitución psicológica, física, cognitiva y ontológica, se relaciona de forma tal que la reciprocidad de ambos delimita la realidad de dos sujetos que se atraen y se expulsan. Como fuerzas centrífuga y centrípeta, ambos esperan a que alguno de los dos se mueva para oponerse y tratar de neutralizar la acción de poder. La entidad que transfiere el veneno, esa sustancia tóxica que viaja por canales específicos del cuerpo humano hasta llegar a las membranas que modifican el comportamiento celular del hombre, genera un movimiento por medio de la picadura, acto belicoso que requiere necesariamente un sujeto al cual trasladar la toxina, la podredumbre, el individuo infectado, irrumpido, la entidad alterada.

El hombre es alterado en su constitución por un veneno de origen animal, y de esa manera está siendo constituido por algo que le es ajeno, por una parte de esa entidad que lo irrumpe, difuminándose, de algún modo, las fronteras, el límite entre una entidad y otra. La hibridación se produce a través de la consanguinidad, del envenenamiento, a través de la transfusión, del traspaso de materiales de una entidad a otra, cuando se suspende la presencia del hombre monolítico y el animal monolítico, cuando desaparecen los dos para habilitar el espacio del híbrido, del mutante/hombre/arácnido que domina el relato a partir de este hecho. De esta forma, como plantea Chiappo (1999) en *El animal profundo: perfil psicológico del hombre*: “El hombre, súbitamente, se convierte, a nuestra mirada, en un animal interesante, tiene espesor psíquico interno, tiene superficie y fondo. El hombre es un animal de trasfondos” (36).

En este sentido, la perversión de ambas entidades y, por ende, su suspensión e indeterminación en el relato se manifiesta de forma radical y lleva al lector, por momentos, a espacios e intervalos de confusión interpretativa. Los canales de significación se trasponen, se atraviesan, y con ellos emerge la especificidad de la participación del ser híbrido en el relato. La muerte del hombre, causada por el alacrán, como lo plantea desde un principio el título, es la muerte de su ontología como tal, de su existencia bajo límites diferenciales. La muerte de su lengua de claridad, del discurso ideológico que permite reconocerlo dentro de su especie, es la muerte y suspensión de la psiquis humana que da paso al discurso del mutante.

Desde una perspectiva transversal, Benveniste, en su libro *El hombre en la lengua* (1978), plantea lo siguiente: “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de «ego»” (180). El resultado del producto entre hombre/animal instala un

discurso que se gesta en su subjetividad interna indiferenciada. El híbrido puede decir Yo, por lo tanto su ego es posible de ser interpretado porque el mutante se eleva, y con él su discurso. El discurso de esta entidad doble, que se adueña de la psiquis del hombre por medio del veneno del alacrán que interfiere en su sangre, puede ser visto como un efecto que se instala interpelando y modificando los horizontes en un nuevo espacio de la lengua, de la escritura, de la literatura.

Esto que acontece en el cuerpo del humano, es a lo que Chiappo refiere cuando menciona la idea de “caja exquisita”, el cuerpo humano como caja, un objeto donde se guarda, se conserva, se acoge aquello que llega desde un espacio diferente, creando un universo de profundidad en el que la psiquis, el inconsciente, también se ve dominado. Es en este punto en el que es necesario detenerse, porque el proceso metamórfico se produce en el cuerpo del humano, en la entidad alterada, puede detectarse allí, y por tal motivo es susceptible a ser reconocido en el discurso del híbrido. La llegada del alacrán a la casa es presentada desde una perspectiva que se eleva para diferenciarse, su participación es diferencial, ominosa.

De pronto, y luego de catorce años de relativa confianza entre él y las cosas, viene a agregarse una pequeña unidad, mucho más reducida en tamaño que las miniaturas que se guardan en la vitrina de marfiles, pero con movimiento propio, con diseños tan elementales como maléficos. Y ahí, sin saber él expresarlo, y como quien come la fruta existencial y mete diente al hueso, toda una filosofía, peor cuando no se la puede digerir ni expulsar por más que se forcejee. El alacrán que habían traído con los leños estaba allí de visita, en una palabra un embajador de alta potencia sin haber presentado sus credenciales. Solo el nombre y la hora. Y el desafío de todos lados, y de ninguno. (117)

La ruptura en el *continuum* del hombre es más que la sola presencia de un extraño habitando en la particularidad de su espacio; es el extraño que llega y se apodera de la casa, de los objetos, de los rincones, del aire, hasta el límite de empoderarse de sus pensamientos, que ahora solo giran en torno al alacrán. Todo es color y propiedad del alacrán. El hombre le teme a esa figura abominable que lo ha invadido con su podrido veneno porque el dominio que obtiene no solo ocurre en lo material, sino a nivel abstracto, en su poder de proferir el acto de la palabra del hombre, no de un otro no-humano. Esta entidad arácnida encarna toda una filosofía ontológica de la invasión a lo individual, al empoderamiento que va desde lo periférico a lo central, del ser expulsado al privilegiado, del sujeto extraño al reconocido, de la entidad que transfiere a la entidad alterada: “el color infamante del animal se le apareció concretamente. Con el asco que produce la profanación, se abalanzó sobre el intruso. Pero la cosa no era del estilo vital de un alacrán que mueve la cola, sino el ángulo de una pequeña agenda de tapas de cuero” (119). El alacrán desaparece metamorfoseado en una agenda de cuero, se esconde porque su presencia ya es ubicua, inmanente. Está por todos lados.

Sin embargo, el narrador no delimita el momento exacto en el que el Yo del mayordomo se aleja de la linealidad del relato, y por tal, cuándo su discurso se difumina y a su vez se eleva se desregulariza. La consecución de la interrogante y de la incertidumbre son elementos que construyen nuevos universos mágicos, oníricos, que se desplazan y se recrean en la mirada del tercero, del lector. Pese a esta inespecificidad directa de la interferencia de la animalidad a la psiquis del hombre en “Muerte por alacrán”, tomo como fragmento que irrumpe y corta con la monotonía el siguiente pasaje: “Así pues, para no morir con tal lentitud, decidí empezar a poner del revés toda la casa. Había oído decir que el veneno del escorpión, con efectos parecidos al del curare, actuaba con mayor eficacia...” (Somers, 118). Es en este intervalo –que es posterior a la inoculación del veneno del arácnido en el cuerpo del hombre– el instante en el que se instala la nueva entidad, y se reconoce el punto de concentración heterogénea que contiene dentro de sí la pulsión de dos fuerzas que se mezclan. Porque la entidad que altera se proyecta en la entidad alterada, al punto de que este intruso se apropia de un otro, del cuerpo humano, y en consecuencia nace el discurso de una nueva ontología que ya no es la del mayordomo ni la del alacrán. En este sentido, el cuerpo del hombre es posible de interpretar como el punto de encuentro y a su vez de repulsión, el campo complejo de indeterminación, el sitio fértil que permite el nacimiento de la entidad híbrida, heterogénea. Sus características, por lo tanto, son la imagen de un espacio caótico habilitado para hablar que proyecta secuencias de un mismo orden metamorfoseado, duplicado. La actitud de poner al revés la casa, la necesidad impulsiva de pervertir lo que se encuentra afuera, es la analogía de lo que se produce en lo privado, en la psiquis del hombre: ruptura, cambio, desalojo, proyección, alucinación.

Bibliografía citada

Benveniste, Émile. *El hombre en la lengua*. Siglo Veintiuno, Madrid, 1978.

Chiappo, Leopoldo. *El animal profundo: perfil psicológico del hombre*. Universidad Peruana Cayetano Heredia, Perú, 1999.

Foucault, Michel. *Lenguaje y literatura*. Paidós, Barcelona, 1996.

Olivera, Jorge. “El miedo en la literatura uruguaya: un efecto de construcción narrativa.” *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n° 34, Madrid, 2005, pp. 43-69.

Rama, Ángel. “El estremecimiento nuevo en la literatura uruguaya.” *La generación crítica 1939-1969*. Arca, Montevideo, 1972.

Segato, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo, Buenos Aires, 2018.

Somers, Armonía. *La rebelión de la flor*. Relieve, Montevideo, 1994.